

—¡Número 1000/12! ¿¡A qué esperas!? Lleva esas baterías de repuesto al centro de energía. ¡Ya!

—¡A la orden, señor! ¡Ahora mismo, señor!

A veces odiaba su trabajo. Bueno, en realidad detestaba a sus superiores. Esa necesidad tan enana de recordar constantemente la jerarquía, el poder, le hacía chirriar los dientes. Sus padres lo decían desde pequeño: «*Cuatro hijos y siete hijas impecables y el último nos sale raro. ¡Que el dios Metal temple lo que nosotros no supimos forjar!*». Así es difícil crecer feliz, si es que ese término está al alcance de los enanos de casta baja.

Mal momento para recordar. En menos de un ciclo la nave llegaría a su destino. Ser la última de la flota de asalto en hacerlo dejaría en muy mal lugar a su capitán, a su CEO. A correr tocaba.

Por fortuna, el diseño de las cosmonaves enanas era bastante funcional. Imitaban el diseño de los planetas, no de Qíahn, la Moneda enana natal. Todos los corredores y pasillos seguían una estructura de líneas verticales y horizontales, paralelos y meridianos. En cada interconexión entre ambas líneas, una estación de desacoplamiento, encargada de separar los diferentes sectores creados por la división de las ciudades líneas. Y en cada sector, una estación de control autónoma, para gobernarlo una vez separado.

El centro de energía equivalía al núcleo del planeta. Era una verdadera proeza de la cienciomagia. Una colosal dinamo donde se fusionaban los artefactos tecnológicos más asombrosos con la fuente de potencia más fantástica imaginable: dragones de Metal en movimiento perpetuo, generando ingentes cantidades de electricidad primordial.

Un solo dragón bastaba para alimentar los generadores de una Nave Tienda, las más pequeñas de la flota después de los cazas de Control de calidad (no llevan dragones), con un centenar de Inspectores a bordo, ansiosos por mantener las bondades de comerciar con el Imperio Enano en los planetas recién franquiciados. La suya, clase Grandes Almacenes, en la parte media de la escala, disponía de diez de ellos. Muy lejos quedaban las Clase Monopolio, con hasta un centenar de estas criaturas. A él le bastaba. Si en esta tenía trabajo, no quería ni imaginarse la dureza del servicio a bordo de uno de esos bajeles estelares insignia.

—Diagonales, Rarito: la siguiente nave donde sirvas tendrá diagonales— se repetía número 1000/12 a sí mismo mientras giraba, a veces corriendo, otras en ascensor, algunas en tubos de vuelo individual, las numerosas y malditas esquinas provocadas por la arquitectura del enorme engendro cósmico.



Se refería a sí mismo con su primera matrícula, el nombre recibido de sus progenitores. A lo largo de su existencia, un enano recibía varias. Serían muchas si conseguía prosperar en la sociedad, casi siempre designaciones alfanuméricas. Por supuesto, las más deseadas eran los cargos y nombres formados únicamente por letras, sinónimo de haberse liberado del estigma de ser solo un código grabado en una chapa identificativa al lado de otras con denominaciones similares.

Actualmente era número 1000/12, el último tripulante en incorporarse a la decimosegunda astronave de la flota *Selva*. Justo antes fue 359, barracón zeta de astroingenieros, en la Academia de la Armada Enana de Comercio. Previamente había sido número 3415, Sector 103, en la Escuela de Forja de Vocaciones. Y así hasta llegar a su matrícula básica como ciudadano del Imperio Enano, designación que habría olvidado de no estar grabada en una de sus placas (once caracteres son muchos).

Demasiados minutos más tarde, llegaba al registro de acceso al centro de energía. Tras identificarse ante los guardianes de la exclusiva de entrada, se colocaba sus gafas de lentes oscuras,

activaba el campo personal de protección y accionaba la palanca de apertura. Poco a poco, a medida que se abrían las puertas metálicas de doble hoja, con el ruido de fondo de la sirena de aviso y el color rojo de las luces de alerta, una luz blanca y azulada, brillante como un pequeño sol, penetraba en la estancia.

Nunca se acostumbraría. La enorme esfera de luz y electricidad crepitante que se alzaba ante él, imposible de abarcar con la vista, bañaba toda la estancia y a sus inquilinos. Era lo más cercano a estar cerca de una estrella. Un pequeño pedazo de universo contenido en una nave esférica de metal. Y en su interior, como si de un huevo de tratase, una decena de criaturas relampagueando de un punto a otro, tan fugaces como desearan, tan lentas como pretendiesen, con el desdén de saberse superiores a todo lo que les rodeaba.

—¡Al fin, número 1000/12! —exclamó uno de los enanos, oficial de máquinas a juzgar por la matrícula de su tableta pectoral—. Pensaba que no llegabas a tiempo —continuó, mientras le cogía de las manos el contenedor con las baterías y se lo entregaba a su subalterno para su inmediata sustitución—. ¿Has vuelto a perderte?

—¡Negativo, número 106/12, señor! Son esas condenadas esquinas. Convierten un trayecto de minutos en una travesía de horas. Si modificásemos el entramado de...

—¡No empieces otra vez con eso de las diagonales! Blasfemia ninguna en mi guardia. Eso es cosa de la Armada Imperial y las castas superiores. Tú y yo no tenemos derecho a semejantes lujos; ni siquiera nuestro querido CEO.

—Sí, sí: nuestro trabajo es servir y comerciar. Me repiten eso desde la Academia —continuó Rarito—. Tres años de eslóganes y doctrina empresarial —añadió con resignación.

—La base de nuestra sociedad, hijo: *“El comercio os hará libres”*.

—Libres de elegir entre ser trabajadores o no. Entre ser esclavos o ser masacrados. “Franquiciar”: bonito término para tomar un mundo por la fuerza, esquilmar sus recursos utilizando a sus moradores como mano de obra prescindible y convirtiéndolo en un basurero cuando ya no queda nada útil en él...

—¡Chsst! ¿Qué te he dicho antes sobre blasfemar? —interrumpió el oficial apartándolo de un grupo cercano de técnicos—. No abuses de mi confianza. Me has caído bien, sí, pero mi puesto, mi vida, valen más. No eres el primero que acaba alimentándolos a ellos —apuntando con el dedo al orbe energético de los dragones— por pensar esas cosas.

Rarito suspiró con desgana. Luego asintió con la cabeza para tranquilidad de su interlocutor.

—¡Venga! En breve llegaremos a destino. Es un pequeño planeta a pocos cientos de años luz de la Puerta de Tannhäuser. Fue franquiciado hace casi un siglo y desde entonces no ha dejado de rebelarse. Seremos los encargados de liquidarlo.

—¿¡Liquidarlo!?! —exclamó Rarito con los ojos abiertos—. ¿Vamos a exterminar toda la vida de ese mundo? —añadió horrorizado.

—Dicho así suena muy feo —matizó el oficial—. Ha cumplido su función. Ya se ha evacuado al personal enano que no participará en la operación, así como suficientes especímenes para preservar su historia en uno de nuestros Museos del Comercio.

—¿¡En serio!?! —exclamó número 1000/12—. ¿Más seres inteligentes metidos en jaulas de cristal para disfrute de los visitantes?

—Sabes qué —repuso enfadado número 106/12—, estoy cansado de tanto idealismo juvenil: presenciarás todo en el puente conmigo. Nuestro loado CEO me debe una y voy a cobrarla. A ver cómo reacciona tu sangre enana.

—¿¡Es una orden, señor!?!

—¡Puedes apostar tu collar de matrículas a que sí, número 1000/12! Cuando suene la sirena de despliegue te quiero allí arriba. ¡Y ni se te ocurra llegar tarde!

La sirena se había apagado hacía unos minutos. Desde la cristalera de observación del puente se veía el planeta de color marrón, con manchas de color gris oscuro correspondientes a las aguas contaminadas, antaño mares de vida. En órbita, la flota comercial enana: dos docenas de cosmonaves como la suya. A la cabeza, la nave insignia clase Factoría. De su interior, brotaban y brotaban cazas y más cazas de Control de calidad, listos para finiquitar cualquier reducto de resistencia.

Pero las estrellas de la operación serían los dragones de metal. Esa parte del protocolo no había cambiado en cientos de años. Y parecía que lo sabían, a juzgar por los picos en las fluctuaciones de energía que se registraban en las consolas de la sala. Estaban ansiosos por ejecutar su papel, por disfrutar de él más bien, dada su naturaleza destructiva potenciada a lo largo de su crianza.

—Mi CEO, la nave Factoría solicita estado —dijo con voz marcial uno de los veinte operadores presentes, invisible en la oscuridad de la estancia, si no fuera por las luces de pantallas y botones.

—Avíseles: estamos listos y a la espera —contestó el CEO, un enano entrado en años y acostumbrado a una vida de sacrificios y monotonía, sin apartar la mirada del ventanal.

Luego, dirigiéndose a número 106/12, pronunció con calma medida:

—Has elegido el mejor momento para que salde mi deuda contigo. Presenciar semejante espectáculo está al alcance de pocos; incluso aparecerá en tu hoja de servicio. Y tú, niño —añadió

dirigiéndose a Rarito, petrificado al lado derecho del oficial de máquinas— ni te imaginas cuán afortunado eres.

Rarito no se atrevió a responder. Una mezcla de rabia y miedo se lo impedían. Eso, y el espectáculo de luz y coordinación que empezaba a desplegarse ante sus ojos.

Una tras otra las cosmonaves desacoplaban sus sectores. En un movimiento hacia el exterior, todas y cada una de sus partes se alejaban del epicentro dejando al descubierto el núcleo energético puro. Era fascinante. Como si dos docenas de estrellas se liberasen de su caparazón metálico. Veinticuatro cuerpos celestes, blancos y azulados, inundando de luz el oscuro espacio circundante.

La sincronización era perfecta. Un verdadero baile, ejecutado a mano por centenares de ingenieros de control. Nada de cálculos automáticos, ni de inteligencias robot: *el enano delante de las máquinas*, pilar de la filosofía de su raza.

Luego llegaron los chillidos. Sí, chillidos. Así es como suenan las voces repletas de ansia de los dragones de metal. No los escuchas: los sientes. El espacio se siente afortunado de estar vacío y no servir de conductor para el sonido. Pero el alma... esa no se escapa. Y los dragones de metal llegan hasta ella. Tal es la fuerza de su poder, bendecidos por el dios Metal, el más destructor de los dioses de Qíahn.

Minutos más tarde comienza el bombardeo orbital. Las esferas de luz crepitan como si de una primitiva lámpara de plasma se tratase, solo que con la potencia de una estrella. Los rayos emanan de su interior haciéndose cada vez más largos y frecuentes, hasta el punto de conectar todas las astronaves entre sí. La escena es fastuosa.

Rarito se imagina a los atónitos habitantes del planeta. Primero el firmamento se puebla con dos docenas de estrellas. Luego estas se unen creando un espectáculo de luz digno de sus deidades. Y a continuación... a continuación el cielo empieza a llover muerte. Los rayos se precipitan sobre ellos. La destrucción se extiende a pasos agigantados. La potencia del bombardeo orbital hace añicos cualquier construcción, impunemente, sin oposición, desmantelada cualquier defensa hace tiempo.

Lo peor aún está por llegar para los desdichados habitantes. En la segunda oleada los dragones abandonan su hogar de luz para cabalgar los rayos. Sus gritos de puro y despiadado júbilo destrozan sus oídos y trituran su esperanza, preñando la tierra de aniquilación.

Algunos ascienden por los rayos para coger más fuerza, más potencia, volando a través del circuito de energía creado por las naves, y precipitándose de nuevo sobre los desgraciados supervivientes. Otros prefieren quedarse abajo, exterminando a placer, consumiendo hasta la última brizna de valentía de sus víctimas.

Nadie en la flota enana es capaz de apartar la mirada de ventanales, ojos de buey y pantallas. Ninguno puede echar la vista atrás ante semejante insulto a la vida. Pero solo unos pocos sangran por dentro. Y únicamente uno es capaz de exteriorizarlo: Rarito.

Es su lágrima quien trae algo de consuelo a su universo. Es su sincera pena la que concede un día más de existencia a la Creación.

Él es ajeno a todo esto. Es demasiado insignificante. Él solo quiere, llorar.

Bienvenido a Qíahn, viajero: escoge lado, elige vida.

Feliz Día del Libro 2022

Javier Ordax